

Las finanzas y la opinión

Yo doy clase de Ética financiera en una licenciatura de Contabilidad y Administración Financiera. Hace un par de años, una alumna me preguntó qué hacer cuando los clientes la insultaban. Ella trabajaba entonces en la sucursal de un banco, y se encontraba con que los objetivos de venta que le marcaba su jefe encontraban una resistencia grande en los habituales de la sucursal, no porque los productos no les gustaran sino porque pensaban que la vendedora pretendía robarles. Unos meses después contemplé una escena parecida en una oficina bancaria de Madrid. Hacía cola en la caja mientras, en una mesa donde se atiende a los clientes, un señor increpaba a grandes gritos a una joven empleada del banco. La cola duró lo suficiente para saber que la causa era que la chica había ofrecido un producto financiero a su cliente.

La intuición moral que está detrás de estas actitudes populares puede relacionarse con lo expuesto recientemente por Philip Stephens en el Financial Times (Jan 16, 2014): “Nothing can dent the divine right of bankers”. La maniobra consistente en pasar deuda privada a los Estados, de manera que los contribuyentes se hagan cargo de ella y limiten el daño de los prestamistas imprudentes, ha sido exitosa. Esa maniobra se basaba en complicidades, claro está, pero sobre todo en un chantaje hecho sobre el conjunto de la sociedad: una mezcla del “too big to fail” con quién conoce mejor el negocio de las finanzas que un banquero. El resultado es que han caído gobernantes y han perdido su empleo y/o su casa millones de personas, pero casi siempre ha habido dinero para un rescate bancario. Ya no se habla, como en las primeras reuniones del G20, de reformar a fondo el capitalismo financiero; ahora se discute más bien la reforma necesaria de los Estados para adecuarlos mejor a ese capitalismo.

La relación entre nuestro primer párrafo y el segundo debe buscarse en la opción moral entre el éxito y la virtud. Si el descontento popular con los banqueros no depende de que sean percibidos como faltos de las virtudes básicas del oficio (la lealtad al inversor, la prudencia con el dinero ajeno, la transparencia frente a la sociedad) sino que depende de no haber sido exitosos en hacer más ricos a sus clientes, entonces un cambio de ciclo bastará para que los mismos financieros, haciendo las mismas cosas, vuelvan a resultar populares. Todo ello terminará, probablemente, en el estallido de otra burbuja que será, al mismo tiempo, distinta por entero y por entero semejante a la que venimos de pasar.

Si, por el contrario, la protesta popular sabe ver más allá de su interés inmediato y se pregunta por la calidad moral de nuestros servicios financieros y del sistema económico que ellos originan, es decir, si pide más virtud, no primero más éxito, puede que alcance reformas de calado. Esas reformas deben frenar el conjunto del sistema financiero, evitando que adquiera más y más velocidad hasta el choque final por el procedimiento de convertir la intermediación en especulación, las finanzas en una mesa de apuestas a ciegas. Curiosamente, el resultado probable será entonces el éxito: evitar el volcado de las finanzas sobre la población, hacer que las finanzas sirvan a la gente en vez de explotarla.

¿Reforma ética o reforma política? Reforma ética hacia las virtudes tradicionales del financiero, bajo la presión política de las víctimas de unas finanzas basadas en el éxito privado a corto plazo, y en la catástrofe social a largo plazo.

Raúl González Fabre

Febrero 2014